

Juancho y su carretilla Lili

Gabriel Saldivia



AMALIVACA
EDICIONES



Juancho y su Carretilla Lili

© Autor: Gabriel Saldivia.

© Ilustraciones: Lilia Sayago

© AMALIVACA Ediciones 2022

Centro Simón Bolívar, Torre Sur,
Nivel Plaza Caracas, Local N° 9.
Distrito Capital - Venezuela

Diagramación: Lilia Sayago

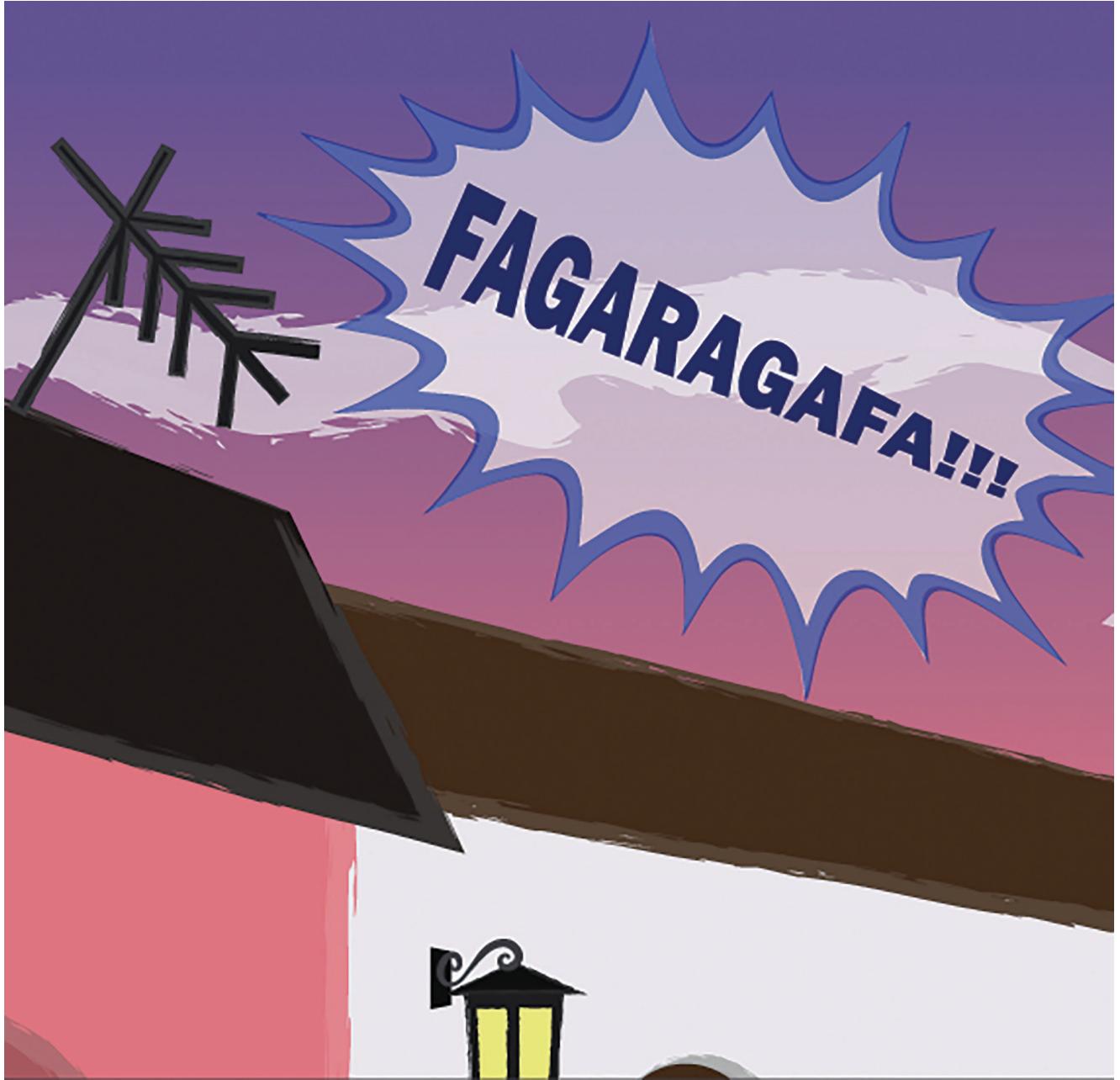
ISBN: 978-980-6840-70-6

Depósito Legal N° DC2022001574



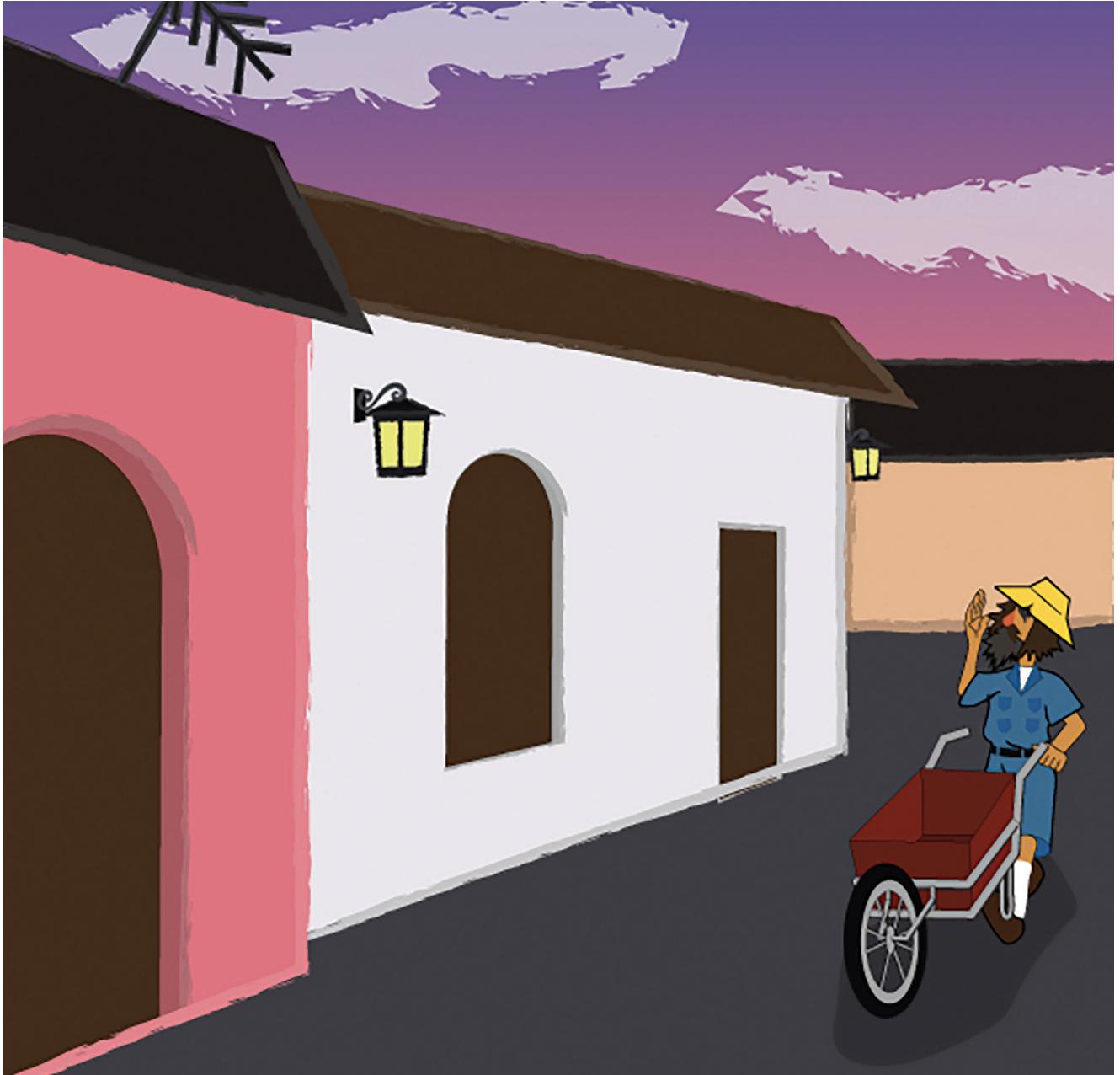
Juancho y su carretilla Lili





¡FAGARAGAFÁ! FAGARAGAFAAAÁ! Así se escuchaba la voz de Juancho por las calles de la ciudad de El Tocuyo. Imitando con su voz el sonido de las cornetas de un camión y esto lo hacía para anunciar su llegada a las casas con su vieja y ruidosa carretilla; la cual, utilizaba para transportar la basura o cualquier desecho del vecindario hacia las afueras de la ciudad.

Por aquellos años, la mayoría de los visitantes y pobladores de El Tocuyo, tenían la manía o la costumbre de quemar la basura y de desperdicios en solares, aceras, patios y jardines. Esto producía espesas bocanadas de humos que ensuciaban el aire con aquellos olores pestilentes, penetrantes e insoportables.

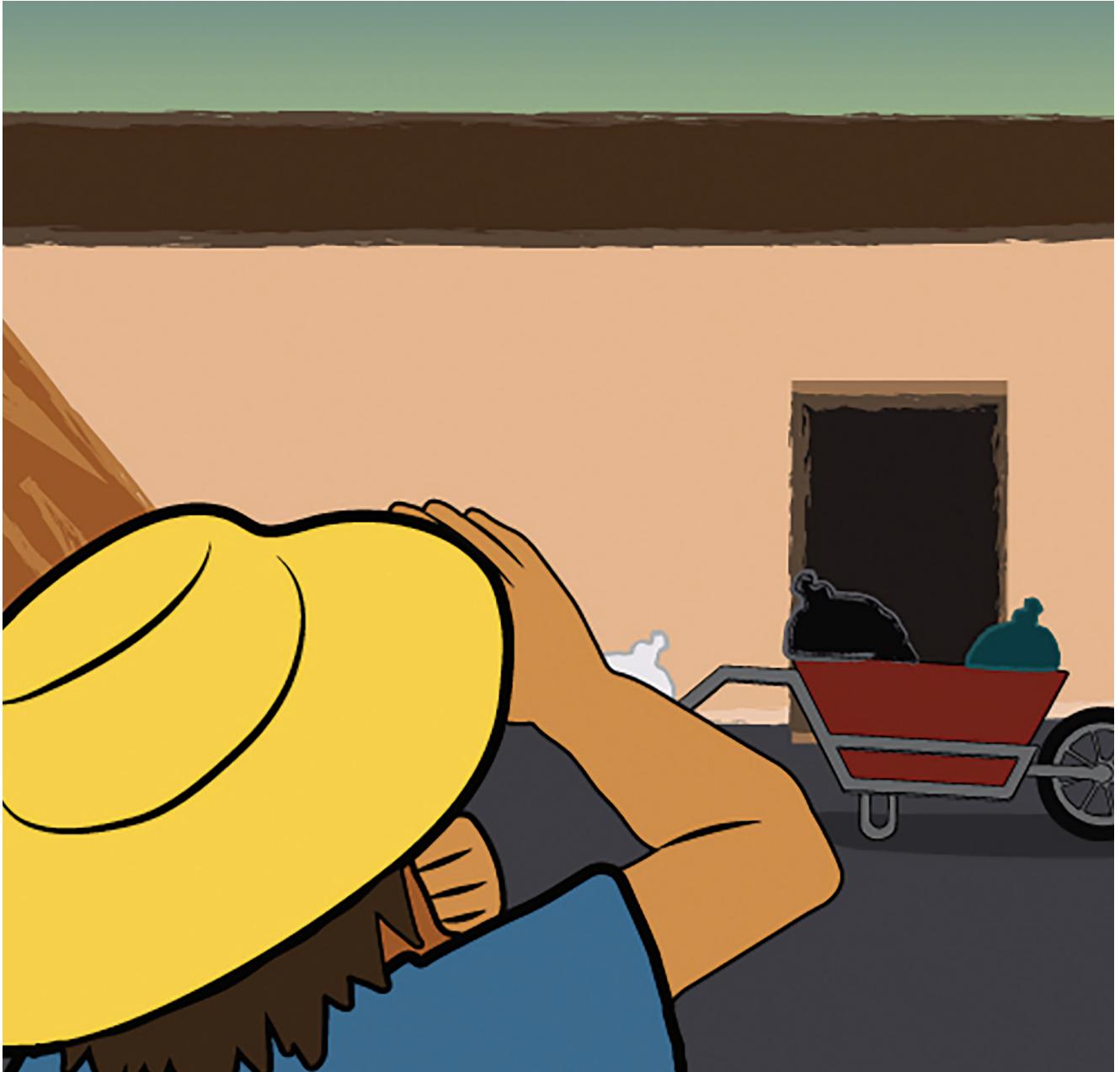


¡Ah...! Pero, afortunadamente aparecía Juancho, como un héroe empujando por las calles su vieja carretilla Lili, dispuesto, muy empeñado en dejar limpias, radiantes las calles y las aceras, despojándolas de suciedades, escombros, chatarras y trastos viejos.

Poco a poco, la población fue olvidando aquella manía de quemar la basura o tirarla en esquinas, aceras y callejones, todo gracias a Juancho en su empeño por mantener limpia la ciudad. La gente comenzó, entonces, a sacar cajas, cajones; papeles, latas, cartones; trapos rotos, sillas partidas, camas dobladas y oxidadas; además, otras cosas, para acomodarlas frente a sus casas.

Este hombre era incansable, que caminaba y caminaba durante el día, a veces, sin pausas para el reposo o el descanso. Cubría su cuerpo con una braga ancha con muchos bolsillos y solía ponerse un sombrero de paja y palma para protegerse de los inclementes rayos del sol.

Aunque parezca extraño, Juancho no cobraba, ni pedía nada a cambio por los servicios que prestaba en beneficio de la población. Sin embargo, los habitantes de la ciudad agradecidos por lo que hacía, le obsequiaban monedas, ropas o alimentos, para que este hombre de la carretilla pudiera seguir adelante en sus actividades de limpieza y recolección de algún desecho sólido, entre otros.





Pero cuando recolectaba la basura por las calles, también encontraba muchas cosas que para él eran de gran utilidad, tales como camisas, pantalones, chaquetas y zapatos de diversos colores, que entusiasmado usaba para ir de paseo a la plaza los domingos. Por eso las personas que se reunían en la plaza, al verlo así, vestido tan elegante, muy asombradas se preguntaban: ¿De dónde sacaría Juancho esas ropas tan limpias, tan bien planchadas; y esos zapatos pulidos, tan brillantes? Pues, de dónde más iba sacar este hombre esas prendas de vestir, sino del cajón de su vieja carretilla.

Sin embargo, no debemos olvidar que Juancho, también reunía en sus viajes de recolección maderas, metales, ladrillos, láminas de cinc, entre otros tantos materiales que ingeniosamente utilizó para la construcción de su casa, la cual, levantó con admirable maestría en un pequeño terreno, ubicado en las cercanías del puente que conduce hacia la salida de la ciudad. De la misma manera, con trozos de maderas hizo sillas, bancos, taburetes; una mesa, una cama y algunos estantes que cuidadosamente acomodó dentro de su casa.

Una casa modesta que delicadamente decoró con retratos, postales, almanaques, revistas, periódicos, portadas de libros. Asimismo, colgó de las paredes numerosos afiches con imágenes de deportistas olímpicos, científicos, políticos, viajeros, aventureros; así, como innumerables carteles con fotografías de famosos actores del cine y la televisión.

¡Ah! Pero todos los días, al terminar sus labores de limpieza y recolección, Juancho o el hombre de la carretilla, se dirigía a la conocida frutería El Níspero atendida por su amigo Monche, quien después de trabajar por muchos años como obrero en una empresa local, se dedicó a cultivar frutas, hortalizas y plantas medicinales en el solar de su casa.





Cada vez que Juancho visitaba esta frutería, Monche lo atendía cariñosamente ofreciéndole sabrosos jugos de piña, guayaba, tamarindo o de papelón con limón, para que el acalorado hombre recolector de la basura se refrescara, luego de finalizar sus agotadoras caminatas por veredas, calles y callejones.

Cuenta Monche, que cuando Juancho terminaba de conversar con él en la frutería; se iba empujando su carretilla calle abajo, hasta llegar a la próxima esquina cercana a su negocio, donde se detenía para mirar fijamente hacia un terreno cercado con alambre de púas y delgados listones de madera.

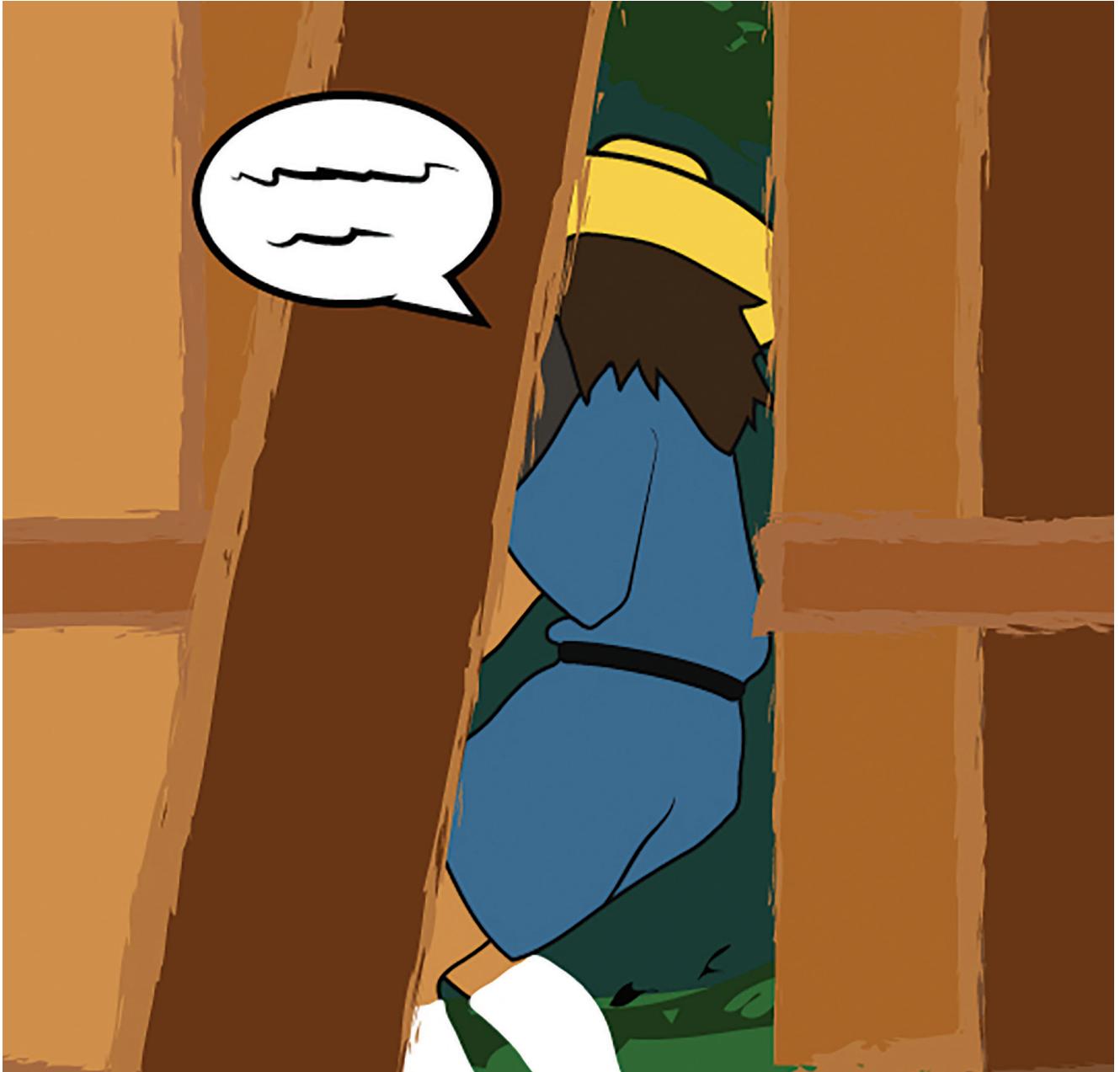
Al llegar a aquel terreno -decía Monche- Juancho hablaba largo rato con una tal Matilde a quien dirigía sus palabras con gran emoción. Soy testigo de una de esas extrañas conversaciones de Juancho -afirmaba Monche- Estoy seguro, él hablaba solo -decía- porque yo nunca vi a ninguna persona en ese terreno de tunas, cardones, iguanas y lagartijas.

Así, cuenta el mismo Monche, que una tarde escuchó atentamente estas palabras pronunciadas por Juancho frente a aquel terreno:

¿Cómo está, Señora Matilde?

-Me alegra que esté usted bien Señora, y ¡qué bonitas están las flores de su jardín!

-¡Claro! Señora Matilde, tiene usted razón, las que están más bonitas son las rosas y las trinitarias. No sabía que se le habían secado los tulipanes, por eso será que la veo hoy un poco triste.





-Bueno, mi Señora, pues, todavía me dedico a recoger latas, potes plásticos, botellas, papeles, cartones, animales muertos y cuanto trasto viejo que deja la gente por estas calles y aceras, para que yo los recoja y los monte en mi carretilla Lili.

-¡Sabe una cosa, Señora Matilde! Monche el de la frutería El Níspero, dice que yo hablo solo y que usted no es de verdad, pero, yo lo que hago es reírme de esas cosas de Monche.

-Señora Matilde, usted, es de verdad, ¡Cómo no va a ser usted de verdad! Si puedo mirarla en este momento regando con agua fresca las flores de este hermoso jardín.

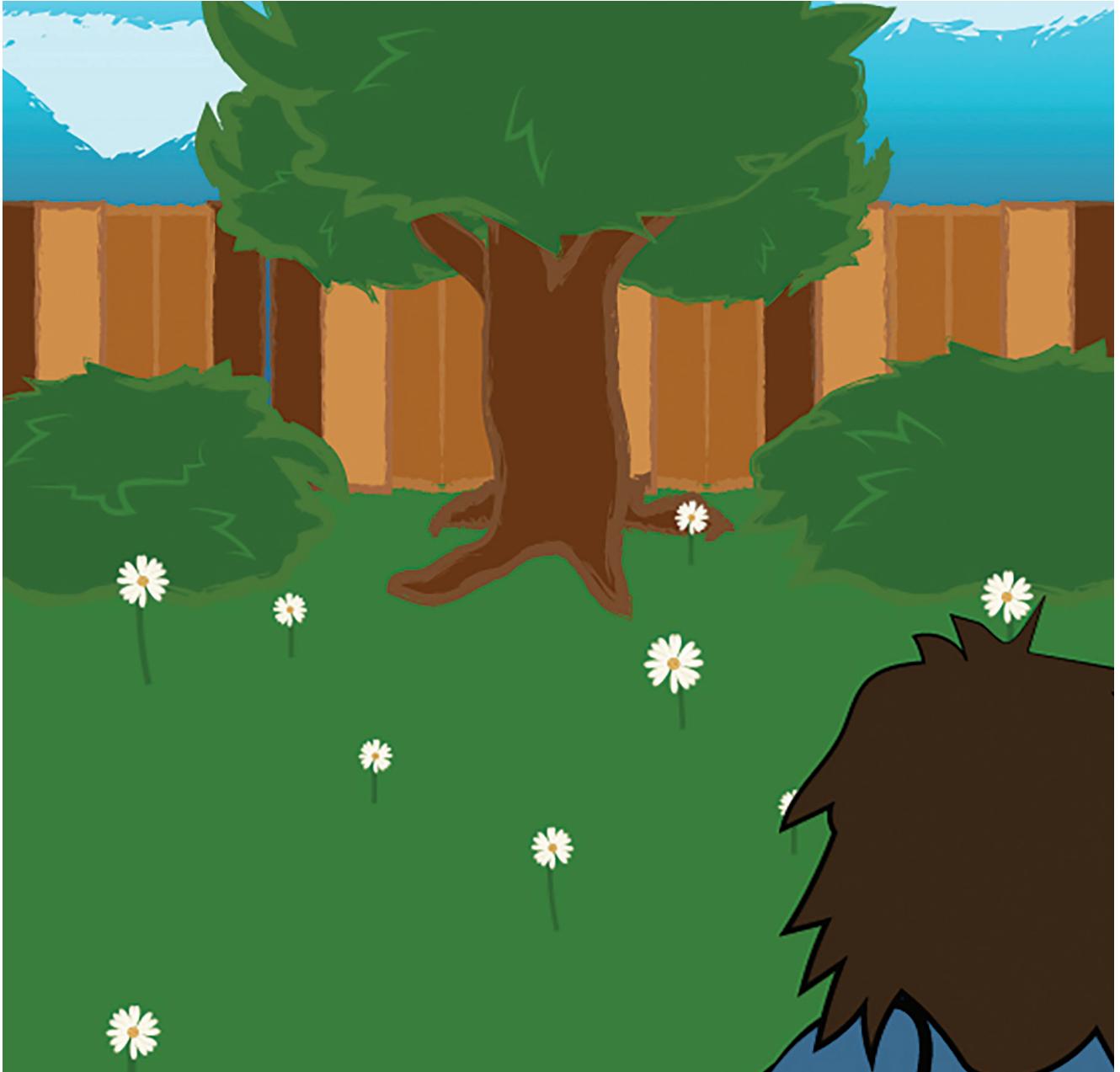
- ¡Qué bonita se ve usted, Señora Matilde! entre tantas rosas, girasoles, lirios, helechos, jazmines, margaritas y cayenas.

-¡Ay! Mi señora, cómo me gustaría ver algún día esta ciudad convertida en un bonito jardín como el suyo.

Por eso me he dedicado por años a limpiar estas calles, para llevarme tanta basura y sucio que enferman el aire con esos olores tan terribles y desagradables.

-Bueno, mi Señora, ya me voy, pero mañana, como siempre, pasaré a saludarla y traerle las hojas secas de los árboles que recojo y que usted usa como abono para la tierra de su jardín...

¡Ah!, pero hay muchas cosas más sobre Juancho que me gustaría contarles –continúa diciendo Monche entusiasmado- Y enseguida comenzó a contar esta conmovedora historia:





Una tarde llegó Juancho a mi frutería muy preocupado y me dijo: Monche, amigo Monche tengo que contarle algo muy importante, yo le ofrecí un jugo de tamarindo para que se refrescara, porque venía con la cara colorada de tanto llevar sol por esas calles que recorría con su inseparable carretilla. Recuerdo que esa tarde se sentó en el rincón donde estaban las lechosas, los mangos, las naranjas, toronjas y mandarinas, y desde allí, me dijo:

Juancho: -Monche, escúcheme lo que le voy a decir, amigo Monche.

Monche: -Dígame, Juancho, ¿qué le pasa, qué le ocurre?, lo veo angustiado y nervioso -le dije- dispuesto a escucharlo con atención.

Juancho: -Amigo Monche – me dijo- Yo lo tengo a usted como amigo de confianza.

Monche: -Lo sé, lo sé, pero, cuénteme, dígame, ¿qué le pasa? -le pregunté preocupado-

Juancho: Escúcheme bien lo que le voy a contar:

Hace unos días andaba con mi carretilla Lili por esas calles recogiendo la basura y después fui a la bodega del Señor Antonio para descansar un poco. Y ahí, en la bodega, escuché una conversación entre dos señores que estaban cerca del mostrador. Pues, Monche, esos señores decían que iban a traer unos camiones para recoger y botar la basura de esta ciudad.





Monche: -¡Caramba! ¿Será verdad eso? -Le dije sorprendido-

Juancho: -Creo que debe ser verdad, porque a esos señores se les veía por encima que eran personas serias, muy serias. Dígame si eso es verdad, Monche, imagínese qué va a ser de mi vida –me dijo conmovido-

Monche: -¡Caramba, Juancho! Pero ya usted ha trabajado muchos años, ahora le toca descansar -le dije para consolarlo-

Juancho: -Monche, usted dirá que estoy loco, pero después de escuchar lo que dijeron esos señores en la bodega, no he podido dormir tranquilo –me dijo angustiado-

Monche: -Imagino cómo debe sentirse -le dije- acercándome más a él, al verlo así, tan preocupado y conmovido.

Monche: Pero, Juancho, tómese un juguito de tamarindo bien frío o si quiere le traigo uno de papelón con limón y hablemos de otra cosa – le dije para consolarlo-

Juancho: -Está bien, está bien amigo Monche, gracias por escucharme. Entonces, tomemos ese juguito y que sea lo que Dios quiera –me dijo pensativo, muy triste y con los ojos humedecidos-

Recuerdo que esa tarde se fue empujando lentamente su carretilla Lili y no volví a tener noticias de él. Desde esa tarde no se volvió a escuchar su FAGARAGAFÀ por las calles de esta vecindad. Lo que hablaron esos señores en la bodega de Antonio, sobre la llegada de los camiones a esta ciudad, resultó ser totalmente cierto.





Es por eso -continuó contando Monche- vemos pasar ahora a esos camiones grandes, modernos, que hacen vibrar las calles, las aceras, con los rugidos de sus poderosos y potentes motores. Gigantescos camiones que se anuncian todas las mañanas moviendo lentamente sus brazos hidráulicos, y haciéndose escuchar, con los ensordecedores gritos de cornetas y estridentes sirenas.

Y fue así, cómo la historia de Juancho, el hombre de la carretilla, se quedó grabada para siempre en la memoria de los habitantes y pobladores de la ciudad. Como la del hombre soñador quien trabajó incansablemente por ver algún día su ciudad, como el jardín de aquella mujer llamada Matilde, a quien veía caminar en aquel solar rodeada de árboles, flores, arbustos. Recordado hombre de aquellos FAGAGAFÁÁ, FAGARAGAFÁÁ, que lo convirtieron en el primer servicio de aseo urbano que tuvo la ciudad de El Tocuyo.

A ustedes, hijos e hijas, de nuestra Amada Patria

Queridos y apreciados niñas, niños y jóvenes de la Patria, les hago un cariñoso llamado a ustedes como futuros conductores del destino de nuestro país, a que asuman el compromiso de luchar y defender por encima de cualquier circunstancia nuestra hermosa naturaleza, que Dios nos diera, gracias a su infinita bondad.

Ustedes, deben saber que la crisis climática que hoy padecemos, obedece a oscuros intereses de personas que tienen mucho poder en nuestra casa: La Tierra. Les importa muy poco preservar la vida, de los animales, las plantas y hasta los seres humanos.

Quizás les resulte extraño la palabra Ecosocialismo, pero voy a decirles que se caracteriza por garantizar los derechos de la Madre Tierra, proteger la diversidad biológica, el buen vivir y la educación ambiental en todos los niveles del Sistema Educativo Bolivariano.

Finalmente, reitero mi llamado a que nos unamos todas y todos por mantener el equilibrio ecológico de nuestra querida Pacha Mama, proteger su ambiente y a garantizar su disfrute pleno por las generaciones futuras de Venezolanas y Venezolanos.

Con mi amor paterno

Josué Alejandro Lorca Vega
Ministro del Poder Popular para el Ecosocialismo

